

na y otra vez, cada cierto tiempo, se manifiestan en nuestro país diversos problemas irresueltos expresando así su vigencia y sus requerimientos de atención.

Tenemos, por ejemplo, las relaciones comerciales y económicas con bloques como la APEC y la Unión Europea. Luego del nada feliz TLC con Estados Unidos —cuya importancia para el país ha disminuido significativamente en poquísimos tiempo, aunque quedan efectivos todos sus aspectos negativos—, es natural que haya desconfianza.

Están también las dificultades relacionadas con la defensa del patrimonio nacional y la ley que pone en manos de las regiones las decisiones para su protección y cuidado, a sabiendas de las deficiencias que las abruma y desconociendo que el patrimonio nacional no pertenece a región alguna sino a todo el país, y que su cuidado le corresponde al Estado y al gobierno que lo conduce.

Mencionemos, asimismo, el siempre presente problema de la droga y el narcotráfico, que, al igual que los otros temas señalados, saca a la luz el carácter precario del Estado y su incapacidad efectiva para brindar seguridad, salud y educación de calidad, ciudadanía, etcétera en la mayor parte del territorio nacional.

Otro asunto que no se puede dejar de mencionar es el del cuidado del ambiente, sobre todo ahora que la inminencia del calentamiento global hace urgente adoptar medidas adecuadas.

La visión del presidente sobre muchos de estos temas se expresó en sus artículos sobre el «perro del hortelano», en los que manifestó que los grandes problemas nacionales no pueden ser resueltos por culpa de las comunidades campesinas, los pequeños propietarios y todos los actores que se resisten a entregar las minas, los bosques y los recursos en general a grandes capitales privados, nacionales y extranjeros.

En este punto se enfrenta una visión premoderna de la economía de mercado —expresada por el «perro

del hortelano», que considera que el mercado, libre de trabas e impulsado por la inversión extranjera, resolverá los problemas del país— con una visión actual y moderna, que considera que la economía de mercado necesita mecanismos regulatorios y de control social para generar crecimiento y eliminar la pobreza, el atraso, la exclusión y la inseguridad ciudadana.

Todos estos asuntos nos remiten a la reflexión, permanente y reiterativa, acerca del rol del Estado en el crecimiento y el desarrollo en nuestro país.

La reciente crisis económica y financiera internacional, que aún amenaza a nuestra economía, ha puesto en claro que cuando se deja que el mercado actúe por sí solo, puede causar las crisis más devastadoras. En la actualidad es un consenso señalar que la crisis financiera internacional en curso habría podido ser evitada si, en Estados Unidos en particular, hubiera existido alguna regulación sobre las instituciones financieras no bancarias. Al respecto, incluso el *Wall Street Journal* ha afirmado en un editorial que el posible resultado de esta crisis será el fortalecimiento del rol del Estado, en la forma de mayor regulación.

En Estados Unidos, como en todo el mundo, se va tomando conciencia de que la regulación y el control social deben orientar el funcionamiento del mercado, en particular el de las actividades financieras. Muchos dicen que si las instituciones financieras no bancarias —como Bear&Sterns— han sido salvadas por la Reserva Federal, tal como esta lo haría con los bancos comerciales, entonces también deberían ser reguladas, tal como ocurre con los bancos comerciales.

Todo indica que el Estado está de vuelta, pero no para asfixiar al mercado sino para ayudarlo a cumplir su rol, que es la asignación de recursos vía el mecanismo de los precios. El mercado no es un fin sino un medio para alcanzar el bienestar social.

El Director